LAS/12

MIRADA DE MUJERES EN PÁGINA/12
10 DE OCTUBRE DE 2003
AÑO 6 N° 287

Charlize Theron, la nueva mujer bonita
Elsa Bornemann y sus amorcitos sub-14
El problema sexual desde la filosofía



MUÑECAS BRAVAS

Sabina Sotello y Leticia Ramos, las mujeres que recorren las comisarías del conurbano para que los derechos humanos de los detenidos no se conviertan en letra muerta

derechos humanos

Sabina Sotello y Leticia Ramos aprendieron "en la calle" a pelear por los derechos que les corresponden. Y es ese saber el que ponen en juego para enfrentarse a todo tipo de instituciones –desde comisarías hasta cárceles y hospitales–, sacudiendo la indiferencia de unos y poniendo en jaque los abusos de otros. En febrero formaron la Organización por la Vida junto a otros familiares de víctimas del gatillo fácil para darles más fuerza a sus reclamos.

POR MARTA DILLON

La empleada del hipermercado de herramientas y objetos para la construcción fue servicial, como siempre. Había visto a las dos mujeres dudar, codearse, reír, tratar de calcular cuál de las cientos de bachas blancas que se acomodan en la sección sanitarios podría ser la que buscaban. Demasiadas variables debían combinarse: el precio, por supuesto, el peso y el tamaño. Tampoco podían salir de allí cargando una loza que podría terminar convertida en elemento contundente, no con algo tan liviano que durara lo mismo que un caramelo en manos de un niño. "Tiene que ser algo así, chiquito pero profundo", dice Sabina, la mayor, a la empleada de uniforme. "¿Como para ubicar en dónde, señora?", se afana la joven y las mujeres se tientan otra vez. "Y... es para un lugar chico, como te explico, como una habitación...", intenta Leticia, la de pelo encrespado y largo como una capa caoba que enmarca cuando cae hacia adelante un escote en el que muchas cosas podrían perderse. "¿Un bañito chico?", quiere entender la solícita chica. "No, no –se cansa Sabina Sotello–, es para un calabozo." Blanca palidez en el rostro de la empleada que rápidamente mira en derredor en busca de ayuda. Si entre las muchas cosas que las dos mujeres que buscan entre las bachas hicieron en su vida no se cuenta la instalación de una pileta en un calabozo, tampoco en el hipermercado se reciben tantas demandas como ésa.

Lo cierto es que Sabina Sotello y Leticia Ramos consiguieron lo que querían, en flexible pvc para asegurar una larga vida y ninguna peligrosidad, la pileta ahora viaja en una bolsa de plástico y es exhibida delante de las narices de un comisario que tiene el no cosido en los labios. No, no pueden pasar a entrevistarse con las detenidas, no, la comisaria no está, tiene licencia. No, no pueden pasar, ni entregar ninguna bacha. En todo caso que le presenten un escrito y vuelvan otro día. De ninguna manera, Leticia viene de Benavídez, Sabina de su nueva casa en Don Torcuato, y no es la primera vez que llegan hasta la Comisaría de la Mujer de Martínez tratando de que la pérdida de libertad sea la única pena de quienes esperan en el calabozo que algún juez decida su destino. Por algo andan cargando la bendita pileta, porque ya verificaron que las detenidas no tenían dónde higienizarse dentro de los calabozos, que el agua corría sin fin o era cortada sin remedio para evitar la pérdida. Leticia es la primera que amaga con encabritarse, tiene poca paciencia para el abuso de autoridad y ya está poniendo su pecho generoso como un escudo para enfrentar a este uniformado cuando Sabina la codea y la calma con ese solo gesto. "Somos de derechos humanos, señor, usted tiene la obligación de dejarnos pasar", dice enrostrándole una credencial otorgada por el Ministerio de Justicia de la Provincia de Buenos Aires. Esa es la llave que finalmente abrirá la que conduce a los umbrales de la tumba que se abre tras los barrotes del calabozo. Sabina, por esta vez, dejará que le retengan su credencial, aunque sabe que no tienen por qué hacerlo. No tiene ganas de pelear demasiado y opta por lo que ella llama "la psicológica": "Yo tomo coraje y los enfrento como ellos entienden. Me hago la sumisa, porque aunque sean un sorete les encanta que los traten de señor, por eso la tengo que parar a la Leti, para que me deje manejarlos a mí". Cuaderno y lapicera en mano las dos mujeres piden que les abran, al menos, la primera reja, no se puede hablar con las detenidas a tanta distancia. Pero él no está otra vez dispuesto. No va a poder ser. En el mínimo espacio que separa la primera reja de la segunda, suficiente para que entre una silla, una chica de cejas depiladas como mínimas lombrices sobre los ojos pasa horas interminables, demasiado lejos del pequeño televisor blanco y negro que otras dos mujeres intentan sintonizar para que cese la lluvia de rayas horizontales que cubre la imagen. Ahí está desde hace cuatro días Karen, una niña de 15 a quien nadie pudo acercar la partida de nacimiento que podría sacarla de ese encierro mínimo, sin colchón para pasar la noche, sin más que la silla en la que espera desde que fue apresada en Villa Rosa junto a una prima y a un amigo. "Me duele la panza, doña, dígales que me traigan una buscapina al menos", pide Karen, y Sabina y Leticia anotan, como anotan el resto de los pedidos de las detenidas, "no hay agua caliente", "necesitamos un plomero porque no tenemos dónde lavarnos las manos o la ropa", "fíjese si puede averiguar por qué me trajeron porque yo no sé" –dice otra mujer, los brazos extendidos más allá de los barrotes, sin ningún dato sobre su suerte, ni el número de causa, ni el juez que entiende en ella, mucho menos la comisaría que hizo el operativo que terminó con su detención. Sabina y Leticia anotan, la última reprime un lagrimón que desentonaría con su cuerpo de amazona. "No se puede andar llorando –dice la mayor–, para hacer este trabajo hay que estar bien plantada."

Cuesta creer que sean sólo metros los que separan las coquetas casas de Martínez de ese lugar umbrío por donde se escurre un hilo de agua perenne que no contendrá ninguna pileta. Porque el artefacto sigue colgando del brazo de Sabina Sotello, la presidenta de la Organización por la Vida, la madre de Víctor Vital, "el Frente", el muchacho asesinado en 1999 por la policía mientras se refugiaba, desarmado, bajo la mesa de un rancho en la villa 25 de Mayo, al norte del conurba-


FOTOS: ALFREDO SRUR

SABINA SOTELLO TRAS LAS GLICINAS, LETICIA RAMOS EN PRIMER PLANO.

no bonaerense. El mismo que otros jóvenes ladrones convirtieron en santo por pura devoción, a fuerza de regar su tumba de cerveza y marihuana en busca de la misma protección que él les daba en vida, cuando repartía en la villa los botines que lograba en sus asaltos y que su madre despreciaba, obligándolo a una generosidad pródiga en yogures para los más chicos y tragos en el Tropitango, la catedral de la cumbia, para los más grandes. "De la mano de Dios se fue un ángel: Frente", se lee en las escaleras del Tribunal de Menores de San Isidro, por donde Sabina baja sin mirar al costado, sin sorpresa por ver convertido en talismán el sobrenombre que le dio uno de sus hermanos al menor de sus tres hijos. Ella es Sabina y también es la mamá del Frente, ya se acostumbró a eso, qué importa si se ha alterado el orden de la herencia, ella lleva oronda lo que le dejó el hijo muerto. Porque desde ese dolor, desde esa pérdida también ha sabido llenar de sentido su propia fama. Ahí va la mujer de los ojos negros y rasgados, en los que pueden verse aún detrás de los grandes anteojos unos ancestros nacidos en la selva chaqueña, de donde se fue demasiado chica y con un hijo a cuestas, después de una golpiza de su padre que le dejó la espalda maltrecha, ese episodio que Cristian Alarcón relata en su libro *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia*, sobre la leyenda del Frente Vital. Ahí va Sabina, recibiendo los saludos de los chicos que transitan por esos tribunales, siempre por alguna mala historia, viendo cómo se abren las puertas a su paso. "¿Pero vos te creés que a mí me reciben así por linda?", pregunta ella sin esperar respuesta. No, la reciben porque transita ese lugar desde antes que su hijo fuera asesinado, cuando buscaba ayuda para él; y después cuando volvió buscando ayuda para otros. Leticia la sigue decidida, han hecho una buena yunta, el equilibrio necesario para poner la bronca y la estrategia necesaria para "conseguir los beneficios" que todos se merecen, aunque estén detenidos. "Porque nosotras sabemos que los delincuentes tienen que estar presos, pero no tienen por qué ser torturados", dicen con lógica implacable. Entonces tocan el timbre de la defensoría 3 de San Isidro, se presentan como siempre, como que son "de derechos humanos" y reclaman por esa chica que está recluida en un espacio en el que es imposible dar más de un paso sin toparse con una reja o una pared. Aquí las reciben, las escuchan, averiguan. El defensor ordena que se comuniquen con la comisaría, le dicen que a la niña la han trasladado a un instituto el viernes. "Pero si hoy es lunes y acabamos de verla", dice Leticia. Desde la Defensoría vuelven a comunicarse, es verdad, está ahí, todavía no tienen la partida de nacimiento de la joven y hasta que aparezca la tratarán como si fuera mayor de edad. Pero ahora saben que ellas están detrás del caso, eso, dicen, suele agilizar los trámites. Por las dudas, Sabina y Leticia han tomado nota del teléfono de los familiares de Karen, con ellos van a comunicarse para explicarles lo que tienen que hacer para aliviar el cautiverio de la niña.

Es campeona de tae kwondo y cinturón negro de kung fu. Eso fue lo que le permitió a Leticia Ramos "rescatarse", dice Leticia para explicar que dejó la adicción a las pastillas con que aprendió a drogarse mientras estuvo presa en la cárcel de Los Hornos. De robar había dejado mucho antes, apenas si reincidió una o dos veces después de conseguir su libertad, no quería que se le fuera la vida en la tumba. "Yo te digo la verdad, en un momento tenía dos opciones: o me prostituía o salía a robar. Y el corazón no me dio para prostituirme. No tuve corazón para eso." Mientras sus cuatro hijas fueron chicas "no les hice faltar nada". Más de una vez sintió a la muerte corriendo y resoplando detrás de ella, sería ridículo decir que nunca tuvo miedo. Pero pagaba el alquiler, la ropa y la educación de sus nenas, la primera nacida cuando ella tenía 17. Eso la llenaba de orgullo, hasta las pudo mandar a una escuela detrás de la cancha de Tigre donde las chicas podían recibir lo que ella no había tenido: educación, estabilidad, clase. Todo se desbarrancó cuando cayó presa en 1988, abajo de la Panamericana, en el puente de Benavídez. Quien le había enseñado a robar la había entrenado en los "códigos", esos que muchos extrañan como el signo de tiempos mejores. "Yo sabía que no tenía que cantar a mis compañeros, que no tenía que abrir la boca por mucho que me pegaran. Los códigos también decían que a la mujer había que limpiarla, decir que era una prostituta que habían levantado poco antes de caer." Es que ellas son las que mantienen a los hombres en la cárcel, las que visitan, llevan paquetes para que se cocinen, para que fumen, para que la reclusión no sea una tortura. "Pero mientras me estaban pegando a mí, mi compañero ya había cantado a todos. Estuve meses en terapia intensiva después de lo que me golpearon, pero yo no canté a nadie. Es más, limpié a los que el otro había ensuciado. Me hice cargo, dije que fui yo y el que había cantado. Por eso yo puedo caminar por cualquier lado sin *suciela*, es decir, que no soy *ortiba*." Donde la golpearon hasta dejarla inconsciente fue en esa comisaría de Virreyes, la Otero, a la que Sabina y Leticia van cuando dejan el Tribunal de Menores en ese mediodía de lunes. Esta vez el comisario las hace pasar a la oficina, les agradece la visita, se jacta de tener sólo 22 detenidos donde en

"Cuando a un pibe lo embolsan, lo atan y le pegan después de haberlo detenido lo único que consiguen es que crezca el odio. Así es como empieza. El policía tiene que evitar los robos, y el que roba tiene que ir preso. Pero ahí se tiene que terminar. Yo me crucé más de una vez con los que piden cadena perpetua y pena de muerte, ¿para qué?, ¿acaso eso termina con la delincuencia? No, eso empeora las cosas. Lo que se necesita es rehabilitación para los chicos."



algún momento hubo 60. Y sin embargo cuando las mujeres bajan a ese túnel sin más luz que la mortecina de un par de focos desnudos, sin más aire que el que llega por unos agujeros calados en el techo por donde se puede filtrar la lluvia, es imposible imaginar un hacinamiento peor. ¿Dónde estarían los casi 40 hombres que ahora faltan? En esta catacumba, además de barrotes, hay unas rejas de trama diminuta que retienen todavía más el aire. A Sabina la reconocen, es la mamá del Frente. A Leticia la tratan de doña, con respeto, con ese respeto que ofrecen los olvidados por quien llega al último agujero donde es imposible mirar sin que se contraiga el gesto. Es más de la una de la tarde y de calabozo en calabozo los hombres se dicen buen día, como si se encontraran. No hay día ni noche en este lugar donde el pedido más urgente es un ladrillo que calar para incrustarle allí una resistencia que oficie de calentador. La mayoría son jóvenes, Sabina y Leticia les hablan como a hijos, vuelven a anotar pedidos básicos: que la bandeja con comida llegue también por las noches, que los defensores "bajen" a hablar con ellos, que algunos hace nueve meses que están sin saber cómo va su causa. Que necesitan atención médica porque una infección desconocida les abre la piel en pústulas. Cuando salen, las mujeres planean pedir la clausura de esos calabozos. Ya lo han hecho otra vez, cuentan con el aval de la secretaría provincial de Derechos Humanos. "Ellos nos dijeron que nuestro trabajo les sirve –dice Sabina–, porque así no tienen que movilizar tanta gente. Es verdad que nosotras hacemos lo que debería hacer el Estado, pero así estamos más tranquilas. Porque ya denunciamos las condiciones de la Comisaría de la Mujer en que estuvimos antes, nos prometieron que iban a venir. Y ya viste, todo sigue igual", y hasta la pileta que ellas compraron con plata de su bolsillo las seguirá en su raid porque no hay voluntad de instalarla.

Sabina sabe manejar armas. Aprendió cuando decidió dejar su oficio de cocinera para incorporarse en las filas de una empresa de seguridad privada. "Es que cuando mi hijo estaba en vida yo buscaba la forma de que él entendiera, que tuviera miedo. Pensaba que si me veía a mí aprendiendo defensa personal y esas cosas iba a cambiar." Pero Víctor no cambió. La bala que disparó un tal agente Sosa que durante mucho tiempo Sabina buscó para pelearlo sola, lo asesinó antes de que cumpliera los 18. Por eso ella no va a las fiestas que les hacen a los pibes de su barrio cuando llegan a esa edad. Eso la pone mal. Como tampoco va a los velorios, demasiados velorios a los que la participan las mismas madres que llegan a las reuniones que cada fin de semana se hacen en su casa. "La Organización por la Vida la inscribimos el 11 de febrero de este año, pensando cómo hacer para tener más fuerza, para evitar que la policía mate impunemente, para evitar las torturas. Yo no sé por qué no entienden, porque cuando a un pibe lo embolsan, lo atan y le pegan después de haberlo detenido lo único que consiguen es que crezca el odio. Así es como empieza. El policía tiene que evitar los robos, y el que roba tiene que ir preso. Pero ahí se tiene que terminar. Yo me crucé más de una vez con los que piden cadena perpetua y pena de muerte, ¿para qué?, ¿acaso eso termina con la delincuencia? No, eso empeora las cosas. Lo que se necesita es rehabilitación para los chicos", dice Sabina mientras se ríe de la impresión que deja en la cronista haber bajado hasta los sótanos de la comisaría Otero. "Igual yo sé que hace daño. A veces la Leti me dice, vamos acá, vamos allá, no quiere parar un día. Pero yo sé que tengo que espaciar las visitas porque me hace mal la impotencia, ver cómo los tratan, cómo los verduguean." Una impotencia que no se termina cuando los detenidos terminan su condena y salen en libertad. Entonces sólo empieza otra, la que da la falta de alternativas. "¿Y qué les voy a decir? Si ellos te dicen: '¿qué quiere que haga, doña?' Y yo no sé. Porque es tan fácil comprar el pegamento en una ferretería, es tan fácil encontrar tranzas que están arreglados con la policía. Antes el código era que no había que drogarse para salir a robar, ahora los pibes roban para seguir drogándose." Sabina tampoco está segura de que el problema sean las drogas o esa violencia que generan las diferencias sociales que en la zona norte golpean con fuerza de puños cerrados. "Es muy triste el invierno en las villas –dice–, vos ves el agua que entra en las casitas, el frío, la falta de todo. Y encima cuando sos pobre la policía te verduguea, se siente con derecho a todo. Porque yo te digo la verdad, yo hice el entrenamiento y sé cómo es. Yo soy vigiladora privada, sigo trabajando de eso y a nosotros nos enseñan que cuando hay gente no hay que disparar, que siempre hay que apuntar de la cintura para abajo, un montón de cosas que la policía no respeta. Yo no meto a todos en la misma bolsa, pero hay algunos que tienen alma de asesinos." El entendimiento sobre las razones que subyacen a esa situación que ellas intentan equilibrar, poner un freno, alivianar, es algo que va y viene. Pero cuando las urgencias ponen el grito en el cielo hay que acudir, y ya no importan las razones, importa arrebatar a alguien más de esos golpes, "esas verdugueadas" que multiplican la pena encubriendo en el castigo a la venganza. "¿Querés que te diga por qué mata la policía? Por cobardes, porque tienen miedo. Y eso también lo entiendo", agrega Leticia sin ánimo de discutir.

El teléfono de Sabina suena como una alarma. Ya se acostumbró a que las comidas se interrumpan, que el sueño sea intermitente. No es sólo por problemas relacionados con la policía por lo que la llaman; los que la conocen saben que ella tiene recursos para enfrentarse también con otras instituciones. "Tanto a Leti como a mí nos llaman cuando la gente no sabe cómo defenderse, me acuerdo por ejemplo del otro día que estábamos comiendo ravioles en el fondo, era domingo, y me dicen que había un pibe internado en el Hospital de San Isidro, necesitaba un estudio y nadie le daba bolilla, porque, claro, el fin de semana es tierra de nadie. Y salimos corriendo para allá, porque a veces ven que la familia es muy humilde y no sabe qué hacer, entonces nadie hace nada. A mí no me molesta, al contrario, me da placer llegar y decir 'somos de derechos humanos, doctor', y ver la cara del tipo que enseguida trata de hacer algo. En el fondo yo siento que podemos, que si nos quieren pisotear vamos a saber cómo defendernos. Es un placer ver cómo arrugan, cómo hacen lo que tienen que hacer." Puede ser también que las llamen por una pérdida de gas que nadie atiende, por una beca escolar, por cualquier cosa que ellas sienten como una injusticia. Como cruzadas, estas mujeres que aprendieron de la experiencia, de "ese estudio tan lindo que te da la calle", salen para poner ellas el grito en el cielo, para mover fiscalías, defensores, juzgados, hospitales o escuelas. Lo que ellas aprendieron y tratan de enseñar, en los cursos que da la Organización por la Vida, o en esas charlas que se desenvuelven en las esquinas cuando alguien reconoce a "la mamá del Frente", es ni más ni menos que a hacer valer los derechos que les corresponden a todos. Derechos Humanos, al fin y al cabo, que ellas no van a dejar que se transformen en letra muerta. "Yo sé que para algo sirve lo que hacemos –dice Sabina–, porque la voz corre, ya son muchos los que saben que hay mujeres que recorren las comisarías, que piden clausura para los que tratan a los detenidos como animales, justicia para los que tienen el gatillo fácil. Y de a poco les vamos a ir poniendo freno. O al menos, los vamos a asustar, para que se cuiden." *

FOTO DE TAPA: ALFREDO SRUR



ENRIQUE GARCIA MEDINA

POR LA VIVIENDA

POR ROSA MORALES*

Somos madres que defendemos la vivienda, el lugar desde el que miramos el mundo, nuestras casas fundan un orden que articula nuestros días. Perder la vivienda significa no sólo la evaporación del esfuerzo económico que hemos hecho durante gran parte de nuestra vida sino también presenciar la disolución de los valores y símbolos que articulan la sociedad argentina.

El Estado ha sido generoso en abrir las puertas a los capitales que vinieron a la caza de una rentabilidad que les era negada en otros países, hoy tiene obligaciones que deberá cumplir para restituir justicia y equidad en la sociedad argentina.

El Estado se niega a generar los instrumentos jurídicos que paran los remates, que reestructuran las deudas con quita de capitales, rebajas de intereses, y reprogramación de los plazos de pago, que asista a los deudores mayores de 70 años, a los deudores que han perdido capacidad de pago por desempleo.

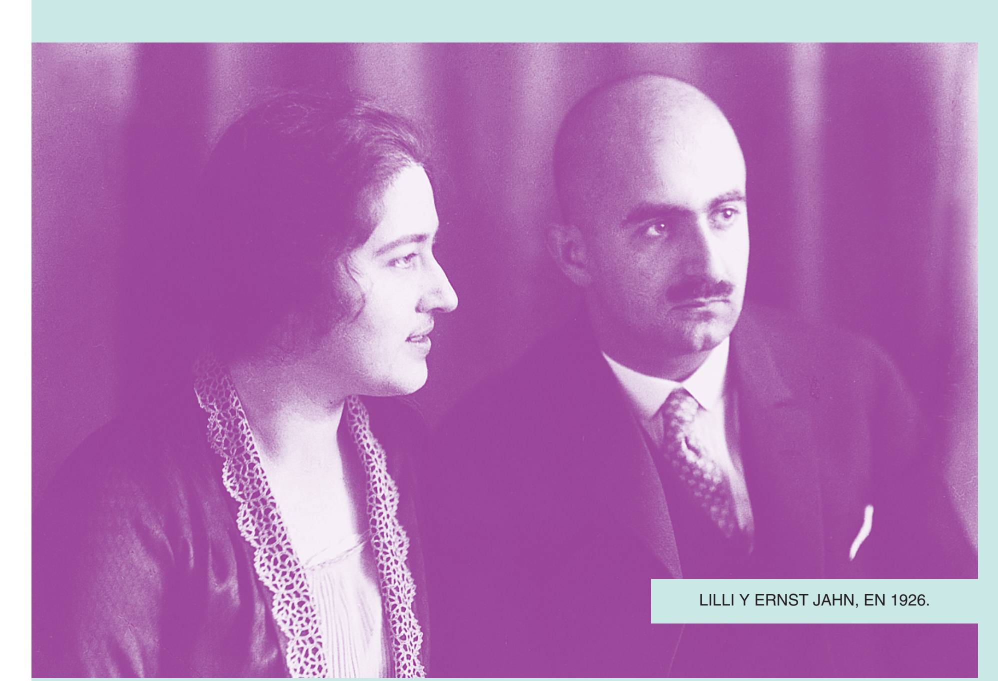
Exigimos con prontitud el tratamiento de normas que atiendan el problema desde lo estructural. Se hace insoportable observar que sólo haya espacio para la coyuntura que nos ahoga y deja sin casa.

Eludir esta responsabilidad será la condena al empobrecimiento y la decadencia de un vasto sector de la sociedad.

A los deudores del país nos esperan largas jornadas de lucha, éste no es un problema inscripto en lo individual. Hoy ya es un problema social del que depende el futuro de millones de familiar argentinas.

** Madres por la defensa de la vivienda.*

las cartas de LILLI


LILLI Y ERNST JAHN, EN 1926.

Martin Doerry, editor de *Der Spiegel*, sólo sabía hasta hace unos pocos años que su abuela materna había muerto en Auschwitz. Pero entonces tuvo acceso a las 250 cartas que los cinco hijos de esa mujer, que nunca salió del campo de concentración, le escribieron, y las que ella pudo contestar.

POR SOLEDAD VALLEJOS

Cinco años atrás, todo lo que sabía Martin Doerry, redactor jefe de *Der Spiegel*, es que su abuela materna había muerto en Auschwitz, y que su abuelo, protestante y divorciado de ella, no había podido hacer demasiado para salvarla. Tampoco había podido hacer mucho por sus cinco hijos, los niños que le importaban bastante poco al Reich por ser "semijudíos". Sólo eso sabía Doerry en 1998, pero entonces, entre los papeles de un tío que acababa de morir, aparecieron cerca de 250 cartas que esos niños abandonados a su suerte habían intercambiado con esa madre detenida por la Gestapo. Antes de ser trasladada desde el campo de trabajos forzados de Brietnau hasta Auschwitz, Lilli Jahn había conseguido que alguien (quizás una guardiana compasiva) devolviera las notitas a su familia. En la misma caja estaban también las líneas que ella había escrito a sus hijos desde una estación de tren, a sólo unas horas del campo de concentración. La mayoría de esos escritos eran clandestinos: papel de embalaje garrapateado con letras pequeñitas, para que todas las preguntas tuvieran un lugar, para asegurarse de nombrar a cada uno y también dar indicaciones sobre el color de las cortinas, para decir que tenía un poco de frío, pero que todo era un gran error y pronto volvería. Doerry, el nieto que durante toda su vida se había conformado con la versión oficial sobre la muerte de su abuela, comenzó a vislumbrar la vida de una mujer tras esas cartas y quiso conocerla. Quiso saber cómo era que esa chica bien de una familia judía acaudalada y no demasiado religiosa que estudiaba medicina, tocaba el piano, leía apasionadamente y cultivaba con fervor el arte de las charlas corteses, había terminado casándose con un oscuro protestante que también estudiaba medicina, pero no soportaba la idea de tener una esposa médica y –para colmo– con una vida socialmente activa. Quiso averiguar, además, cómo era que en pleno crecimiento de la ola antisemita ese hombre se divorció de su esposa y se casó con una mujer aria. Venciendo silencios de medio siglo, recogió testimonios de su madre y de sus tíos, recuperó los contextos de cada carta en diarios y libros de historia. Decidió, terminado el trabajo, compartir lo encontrado. ¿Por qué? Por compromiso, pero especialmente porque la mayoría de los testimonios autobiográficos (excepción hecha de Anna Frank) narran el Holocausto desde la mirada de los que se salvaron. "Lo típico –dice Doerry– en la tradición literaria es, sin duda, el modelo Schindler: salvarse del máximo peligro corriendo grandes aventuras. Para quien no pueda o no quiera comprender el significado dialéctico de tales relatos, el recuerdo se suma y resulta en un balance curiosamente deformado: surge la imagen de un régimen de terror del que al final, sin embargo, acabó salvándose la mayoría". Lilli no se salvó, y su nieto, en *Mi corazón herido* (Ed. Taurus) suma decisión política y sutileza histórica para acercarla, para compartir con extraños lo que fue averiguando: qué fue de ella.

Aun más allá del destino final (la muerte), la de Lilli es una historia de resistencia. Típica táctica del débil, pergeñada entre gallos y medianoche, con la marca de lo casero en el orillo, el saber aprovechar una pequeña grieta dentro del mecanismo represivo (un conocido que había logrado para ella el permiso de recibir correspondencia, algo completamente inusual) fue una manera de contrarrestar los efectos simbólicos del encierro y el aislamiento. Recibiendo las cartas de sus hijas e hijos, sustraía al régimen el poder de despojarla de una identidad y un rol, el familiar, en el que había aprendido a volcar toda la energía que le era imposible destinar a su vida profesional. Enviando a escondidas esquelitas escritas en tiempo y papeles robados a la fábrica Braun, donde estaba destinada a cumplir con los trabajos forzados, fracturaba la estrategia oficial de tender un silencio sepulcral sobre los detenidos. Así de simple y contundente era la supervisión a distancia de temas domésticos y escolares.

Llegado julio de 1943, muchas familias debieron abandonar el pueblo de Immenhausen y trasladarse hasta Kassel, la ciudad más próxima, por orden del alcalde. Por los bombardeos, muchas casas habían quedado vacías; allí irían Lilli y sus hijos; su ex marido, con el que hasta entonces convivía, quedaría a disposición del Reich como médico militar. Una vez en la ciudad, la presión de la Gestapo empezó a volverse aún más real. Un día, Lilli fue llamada a comparecer ante los funcionarios; a fines de agosto, fue convocada nuevamente. "Hasta luego, niñas", dijo a sus hijas, y ya no volvió.

"El 12 de septiembre de 1943, antes de recibir noticias de Ilse (la hija mayor, que con 14 años se hizo responsable por sus hermanos y hermanas), Lilli pudo escribir la primera carta a su familia:

Mañana llevaré 14 días afuera –y hará 10 que estoy aquí, alegrándome cuando pasa otro día–. Pero todavía no me atrevo a contar los días que faltan hasta que pueda volver a reunirme con vosotros. No os preocupéis por mí, me encuentro bien, estoy sana y ya sabéis que vuestra mamaíta siempre se ha levantado muy temprano, y el trabajo supone un alivio. Aún me queda demasiado tiempo para pensar y cavilar, y es entonces, lógicamente, cuando la nostalgia y la añoranza vuestra se apoderan de mí. Pero ahora, niños, podéis escribirme cuando gustéis, escribidme por favor muy pronto y mucho, y contádmelo todo, lo bueno y lo malo, vuestras alegrías y vuestras penas. Por el momento no puedo contestar, razón de más para que me escribáis, os lo ruego (...) ¿Qué hace mi nenita Dorle? ¿Se porta bien? El día de su cumpleaños no estaré todavía en casa, encontraréis su velón de cumpleaños y tres pañuelitos en el primer armario del pasillo, en el cajón inferior, y caramelos en el buffet (...) ¿Y cómo está papá? ¿Dónde? ¿Qué hace? Saludadle con mucho cariño y afecto, ay, cómo me reconfortarían unas bondadosas y consoladoras palabras suyas, pero eso seguramente no será posible. Y ahora tengo muchos, muchos deseos, y os agradezco por anticipado vuestros esfuerzos. A lo mejor es preferible que hagáis un par de paquetitos, pues quizá vayan más rápido. Sobre todo enviadme periódicos con regularidad, os lo ruego, después un libro para leer (...) En la estantería del pasillo seguro que encontraréis algún libro menos valioso para



LILLI CON SUS HIJOS GERHARD, JOHANNA, ILSE Y EVA (UN PAR DE AÑOS DESPUÉS NACERÍA DORLE) DURANTE UNAS VACACIONES EN LA SELVA NEGRA, EN 1937.

GONZALO MARTINEZ

mis compañeras de sala. Además, por favor: mi lima de uñas, mis pinzas, el espejo de mi bolso rojo, una bolsa de polvos Vasenol y las dos bolsas de perborato del armarito de la cómoda infantil, mis zapatillas y un par de zapatos negros viejos, y luego, si podéis, de vez en cuando un trozo de pan, una pizca de sal, a lo mejor os sobra algo de queso o de mermelada, y añadid uno de los viejos cuchillos de plato (cajón de la derecha). Y si por casualidad tuvierais manzanas, aquí sólo nos dan sopa o patatas cocidas con piel (...) Y ahora adiós por hoy, recibid todos, todos, abrazos y besos; mis pensamientos, mis deseos y toda mi nostalgia están día y noche con vosotros.

Una carta al mes era todo el permiso que Lilli tenía para enviar novedades a sus hijos, por lo que las cartas clandestinas eran lo más habitual. En octubre del '43, sobre el embalaje de un medicamento, y con un lápiz, escribió la primera de ellas:

No puedo volver a escribiros hasta dentro de ocho días, pero una buena persona me ha regalado sellos y sobre, y también sacará estas líneas. (...) No debéis revelar en vuestra respuesta que habéis recibido carta mía, bajo ninguna circunstancia, pues me perjudicaría mucho (...) Esta semana he recibido dos veces periódicos y tres paquetitos (en total once cosas hasta ahora), uno con pan, otro con manzanas y dos nueces, y el tercero con manzanas y queso. Mil gracias. ¿De verdad podéis prescindir del queso? ¿Y del pan? En cualquier caso os estoy muy agradecida por todo lo que me mandáis, porque a nosotros nos dan muy poco de comer, nunca mantequilla, ni carne, un trocito diminuto de salchicha cada catorce días, siempre sopas solamente, y los domingos es horrible. Entonces dan a las seis y media de la mañana un trozo de pan seco y ese infame café de recuelo, a las once o bien una sopa clara o patatas cocidas con piel (...) No hace falta que me mandéis ropa de abrigo, llevamos la del establecimiento. Ya me figuro que no os las apañáis con la ropa de invierno. En el armario de la ropa de invierno en Immenhausen hay todavía un viejo traje mío de lana roja, y entre mis restos para zurcir queda tela igual; servirá para hacer un vestido a alguna de vosotras. A lo mejor la tía Lore puede comprar tela, con mi cartilla de ropa, yo tengo suficiente para el invierno (...) Mis queridos hijos, que Dios os guarde. Os saludo de todo corazón y os beso con profundo amor y llena de gratitud.

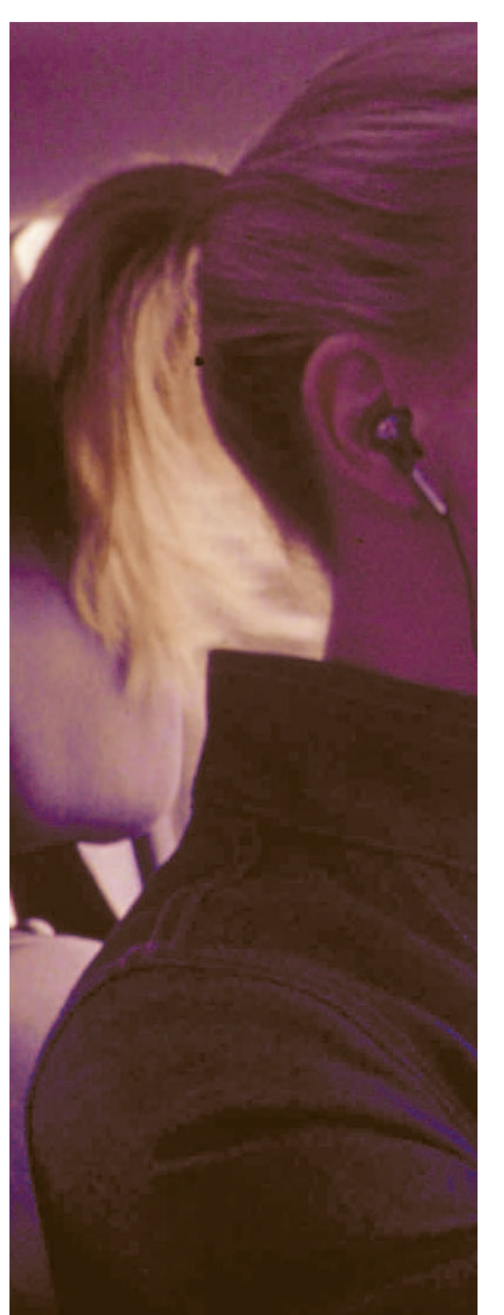
En noviembre se habían cumplido cuatro meses de distancia. En otra carta traficada a hurtadillas, después de párrafos sobre temas domésticos, el sol del domingo y el colegio de las niñas, Lilli dio rienda suelta a un plan desesperado:

Prestad atención, hijos míos, pero mantened la boca cerrada. Desde el ataque (una de las ofensivas aéreas de los Aliados) *ya no tenemos un vagón sólo para nosotras en el tren y subimos con los demás viajeros. Si actuamos con habilidad, podríamos encontrarnos allí alguna vez (...) Vosotras tendríais que conteneros mucho para que ninguna funcionaria note nada. Porque con la indumentaria de la institución os pareceré muy cambiada, sobre todo ahora que he perdido un diente que siempre estuvo flojo. Así que no os asustéis (...) ¡¡Sólo son veinte minutos, pero podríamos vernos!! ¿¿No sería estupendo??*

Ese plan, sin embargo, no funcionó. Un bombardeo, el consejo de alguna amiga preocupada por las hijas y los nervios dieron por tierra con la idea. Pero tiempo después, sin avisarle, la mayor de sus hijas subió al mismo tren, sólo la contempló de lejos, buscó no comprometerla y saber si estaba bien. En marzo de 1944, Lilli fue trasladada a Auschwitz. En el camino, aprovechando que el tren hizo una larga parada, logró hacer llegar más noticias:

Estamos aquí, en la estación de Dresde, desde las tres de la tarde y acabamos de oír que el tren no proseguirá viaje hasta las diez de esta noche. Mañana por la noche estaremos en Auschwitz. Las noticias sobre la situación allí son muy contradictorias. Tal vez no pueda escribir hasta dentro de cuatro o incluso ocho semanas, así que, por favor, no os preocupéis si ahora estáis más tiempo sin noticias mías. Y si dura tanto, intentad escribirme primero, a lo mejor me llega. Ahora hemos de esperar el desarrollo de los acontecimientos. Yo seguiré siendo valiente y apretaré con fuerza los dientes y pensaré en vosotros y resistiré, por duro que sea (...) En los últimos días he envidiado a las familias que entonces fueron trasladadas juntas. Pero pensándolo bien, a pesar de la profunda nostalgia y el dolor que me produce la separación, es más fácil para mí saber que estáis en buenas condiciones, dispensados de todos los infortunios y las atrocidades. Sólo albergo un único y ferviente deseo: volver a veros sanos a todos (...) ¡Ojalá, ojalá recibáis esta carta! ¿Habéis recibido el paquetito con las cartas, la cuchara para mi Dorle y las demás bagatelas? ¿Y el paquete de libros? (...) ¡Que Dios nos ampare! Nosotros seguiremos indisolublemente unidos. Recibid de todo corazón saludos y besos de vuestra fiel mamá.

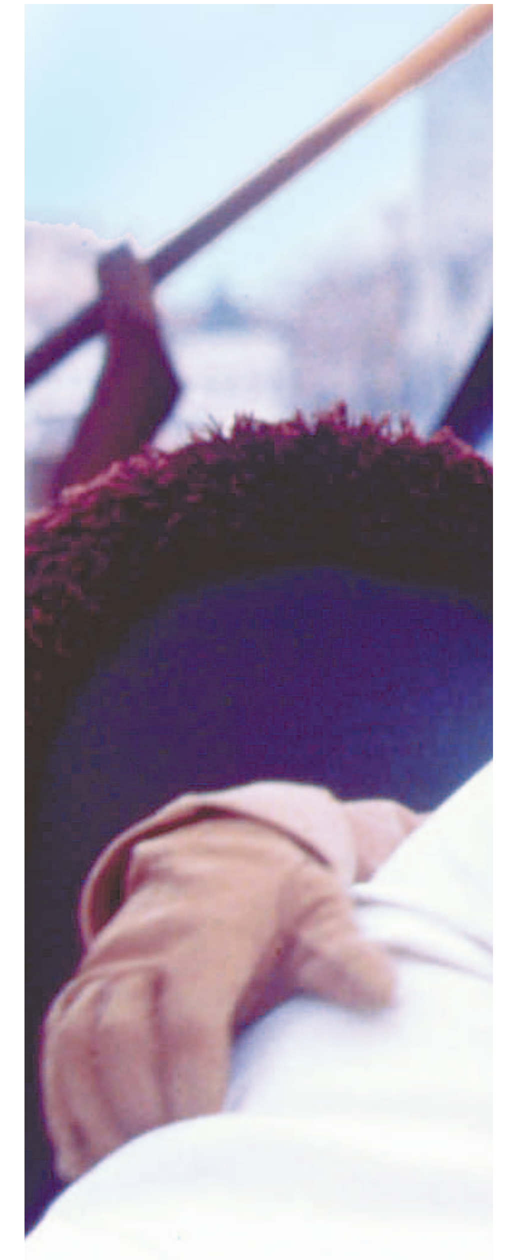
Junio fue el último mes de contacto. Una carta breve, con una letra y un estilo completamente diferentes de los de Lilli, llegó de Auschwitz. Luego de eso, apenas un certificado oficial de defunción, fechas confusas y ninguna explicación. Así fue como se había cerrado la historia, hasta que la curiosidad de Doerry volvió a abrirla.





La nueva mujer bonita











Algunos la señalan como la heredera de Michelle Pfeiffer, pero **Charlize Theron**, bonita a rabiar, tiene suficiente talento y personalidad como para hacerse valer por ella misma. Woody Allen la convocó en dos oportunidades y esta semana llegó a la cartelera interpretando a una experta ladrona en *La estafa maestra*. A los 28 recién cumplidos, la rubia perfecta se ha impuesto como estrella glamorosa y actriz dúctil.

POR MOIRA SOTO

Estaba pensando que sos la criatura más hermosa que conozco. Si el universo tiene algún sentido, estoy viéndolo", le farfullaba el cholulo periodista erotómano Lee Simon –alucinante mimetización de Kenneth Brannagh con el habitual personaje cinematográfico de Woody Allen– en el restorán de moda, a la súper top model que acababa de participar en un desfile de ropa interior (pelo cortito, piernas larguísimas, un cuerpo de esos que reiterativos cronistas locales suelen calificar "para el infarto", apenas cubierto por minicamisones y bodies onda Victoria's Secrets). "Eres perfecta, un milagro. No suelo babearme sobre la ensalada en mi primera cita", machacaba el baboso incontinente a la muñequita de lujo, ahora con peluca de largo pelo rubio, que con su sonrisa de portada de *Vogue*, le asestaba: "Bueno, soy una perversa polimorfa", y ante el azoramiento de él, le aclaraba: "No es un defecto, sólo una debilidad". Y para que Lee entendiera de una buena vez, le daba detalles sobre su facilidad para llegar al orgasmo si le acariciaban cualquier zona de su cuerpo: "Es algo dionisíaco, me lo enseñó un griego". Lee estiraba sus manos hacia las de ella, y la rubita empezaba retorcerse y a gemir con más convicción que Meg Ryan en *Cuando Harry conoció a Sally*.

La top model en cuestión, que al primer estornudo exigía esquinancia y terminaba plantando al mujeriego cuando éste chocaba su Aston Martin contra una vidriera, no era otra que la inteligente (además de bonita por donde se la mire) Charlize Theron, quien en ese entonces (*Celebrity*, de Woody Allen, 1998) todavía no había cumplido los 23, pero ya se notaba que su ascenso –como actriz, como estrella– era imparable. Y eso que había debutado en el cine norteamericano apenas un par de años antes, luego de tener que renunciar a la danza por causa de una lesión, recién llegada de su Sudáfrica natal, previo pasaje por Milán, donde trabajó desde los 16 como modelo. En realidad, las puertas del cine (primero se la vio de refilón en una de la serie *Los chicos del maíz*, sin figurar en el reparto, y luego ya compartiendo pantalla con James Spader –como su socio y amante– en la alocada *2 Days in the Valley*, 1996, del debutante John Herzfeld), parece que se las abrió un spot publicitario de Martini en el que la todavía adolescente Charlize iba dejando ver lo que un periodista español llamó "su portentoso culo" al tiempo que se le descosía la falda, enganchada al clavo de una silla.

BAJO EL SIGNO DE LEO

La protagonista del estreno de esta semana –*La estafa maestra*, producción en la que se reencuentra con el sexy Mark Walhberg, luego de *La traición*, de James Gray, en el 2000– vio la luz en Benoni, un pueblito sudafricano, el 7 de agosto de 1975, hija de una alemana y un francés. Una infancia que ella recuerda como relativamente feliz, con cursos de danza y alguna actuación en Johannesburgo, que empezó a ensombrecerse en la adolescencia, cuando vio que su padre castigaba a su madre. La tensión creció y explotó cuando Charlize tenía 16: su progenitora le disparó al violento dándole muerte, un acto que la Justicia consideró como defensa propia. No es de sorprender que la chica preciosa, que ya había ganado un concurso de belleza, decidiera partir en busca de otro paisaje. Precisamente el premio del certamen era un viaje a Milán, que incluía un curso en una escuela de modelos (a la jovencísima Theron le sobraban cualidades para la profesión con su casi metro ochenta, cara de muñeca y esa esbeltez natural –pulida por la danza– que nunca necesitó de dietas: hoy reconoce que no le apetece demasiado la comida sana, al menos no tanto como el cigarrillo...). Así fue que Charlize trabajó unos tres años en algo que llegó a aborrecer: "Sólo lo hice para pagarme las facturas, he odiado cada minuto de esa profesión. Viví un infierno cuando me ganaba la vida de ese modo y desde entonces evito a toda costa esa basura, es un mundo completamente estúpido. Por eso, en principio, no quería filmar *Celebrity*, aunque me halagó que Woody Allen me llamara personalmente después de mi negativa. Entonces decidí reírme de mi pasado, exorcizarlo, creando una modelo que reflejara las poses superficiales de esta fauna".

A los 18, Charlize Theron enfiló hacia los Estados Unidos, recaló en Nueva York, intentó retomar la danza, pero se lastimó la rodilla y ya decidida a ser actriz –con unos pocos dólares, sin formación dramática y sin contactos– se fue a Hollywood y empezó a presentarse a castings. Obviamente le fue muy bien, y no sólo por su aspecto físico. En 1997, justo antes de *Celebrity* ya estaba coprotagonizando *El abogado del diablo*, a la vera de Al Pacino y Keanu Reeves. A pesar de desarrollar una carrera con altibajos artísticos, en la que sobresalen *La maldición del escorpión de Jade* (de nuevo Woody Allen, quien ya pasando los 70 se permite resistir a la encantadora femme fatale que se le mete en la cama: así son las ventajas de ser guionista, director e intérprete) y sobre todo *Las reglas de la vida* (1999), la tocante película de Jasse Hallström basada en *Príncipes de Maine, reyes de Nueva Inglaterra*, de John Irving, en la que la actriz sudafricana encarnaba con suma propiedad a una joven que abortaba en los años '40 gracias a los buenos oficios del compasivo doctor Larch, a cargo del gran Michael Caine.

De todos modos, Charlize Theron siempre se empeñó a fondo en todas sus labores, jugando con la misma soltura el drama o la comedia, el policial o la ciencia ficción (en *The Astronaut's Wife*, con Johnny Depp, fue una inquietante prima hermana de Rosemary, la del bebé). E incluso en *Joe, el gran gorila*, pasteurizada y tecnológica remake de *Mighty Joe Young* (1949), Theron aceptó feliz la idea de interpretar a Jill, la amiga y protectora del gran gorila, pariente lejano de King Kong. Es que Theron, si bien dejó el Africa, además de militar contra el uso de las pieles como abrigo y de amar en general a los animales, está preocupada por los gorilas en extinción y se ha interesado mucho por los trabajos de Dianne Fossey, Jane Goodall y Biruté Galdikas, tan dedicadas al estudio y defensa de los grandes monos.

LA AMABLE ESTAFADORA

En pocos años, Charlize Theron ha devenido una estrella, gracias a su belleza y glamour (cuando lo requiere su trabajo, porque para andar en su Harley Davison prefiere los jeans y las zapatillas), y en una actriz estimada, que brilla en los grandes festivales: fue a Venecia a presentar *La maldición...* y acaba de estar en la muestra de San Sebastián, junto a Mark Walhberg, acompañando *La estafa maestra* (*The Italian Job*), una grata versión del film que protagonizara Michael Caine en 1969. El elenco lo completan Edward Norton, Seth Green y Donald Sutherland. Se nota que Charlize se divirtió mucho interpretando a Stella, una avezada ladrona de cajas fuertes que se une a una pandilla que, después de dar un gran golpe, es traicionada por uno de sus integrantes. Tampoco los autos tienen secretos para Jill, que maneja un Mini Cooper con suma destreza. "No es una simple copia de la película de Caine", declaró la actriz, también aficionada al automovilismo. "Hay un nuevo guión y una diferente puesta en escena, en realidad es un homenaje a la realización de Peter Collinson." Una vez más, Charlize –que no es afecta a los reportajes, pero se presta a la promoción de las películas en las que actúa– conquistó a la prensa en San Sebastián con humor y buenas maneras. Ya hace un par de años, en la presentación de *La maldición...*, a un periodista que en la rueda de prensa le comentó, comparándose con Woody Allen, que a él que era igualmente esmirriado seguramente no le llevaría el apunte, Theron le pidió que se pusiera de pie, lo midió de arriba abajo y le soltó un: "Vamos". En la reciente presentación de *La estafa maestra*, la actriz personalizó sus respuestas, elogió graciosamente el fervor de una cronista y puso en su lugar a otro periodista descomedido.

Con su vestidito claro cubierto de flecos y sus sandalias de taco aguja, Charlize Theron no dejó de reconocer ante la prensa que había llegado a la actuación de manera ingenua, desconociendo la técnica interpretativa y los peligros de la fama: "Sólo quería ser buena actriz, la celebridad no era mi objetivo", sostuvo. Y aclaró que "la mano dura" de su madre la ha ayudado a enfrentar y soportar las presiones de Hollywood. Pero Theron, en sus declaraciones públicas, no suele restringirse al mundo del cine: además de su apoyo a Nelson Mandela, la protagonista de *La estafa maestra* –sin duda motivada por su historia familiar– ha participado en Africa en campañas contra la violación tan fuertes que se la acusó de estar contra el género masculino en general. Volvió sobre este tema en el festival vasco, añadiendo la problemática del sida: "En mi país, una de cada tres mujeres es violada, hay una violación cada 26 segundos y los violadores son en su mayoría portadores de sida. Sudáfrica es uno de los territorios más bellos y con mayor mezcla de culturas. Tengo mucha esperanza de que todo mejore para mi país, aunque soy consciente de que los problemas no se resuelven todo lo rápido que desearíamos".

Como para compensar el haberse perdido a la Roxie de *Chicago*, Charlize no para un segundo: entre sus últimas películas figuran *The Husband I Got*, con Ashley Judd y Vince Perez, y *Head in the Clouds*, con Penélope Cruz y Stuart Townsed. Este último se convirtió en su novio oficial –extraoficiales: George Clooney, el cantante Stephan Jenkins– luego de actuar a su lado en *Acorralada* (2002), una producción conducida por Luis Mandoki –en la que también participan Kevin Bacon y Courtney Love– lanzada aquí directamente en video y DVD (LK-Tel). En este modesto entretenimiento, a la pobre Charlize le secuestran una hijita monísima, para colmo asmática. Como de costumbre, la actriz se tomó su trabajo a pecho ("de quinceañera, ya lo sé, pero no pienso siliconarme", ha dicho) y sufre como una (amante) madre. El premio no fue precisamente una candidatura al Oscar sino quedarse con ese lindo chico irlandés llamado Stuart Townsed. Previsora e independiente, Charlize Theron ha fundado su propio sello: ya fue productora ejecutiva de *Sweet Home Alabama*, de gran éxito comercial, y también produjo la reciente *Monster*, una de hechos de sangre, con Christina Ricci, en la que también actuó. En los ratos libres, cuando no sale con su moto, la rubia se dedica a los idiomas, para los que tiene una facilidad prodigiosa. Cuestión de ser bella y no callarse...*

TEATRO



Alicia

Alicia murió de un susto, de Moro Anghileri, debuta esta semana y sigue hasta fin de año, concebida su puesta como un espectáculo de jardín, que es el nuevo espacio de Papelera Palermo. El elenco está compuesto por Mariana Chaud, Rafael Ferro, Diana lamas y Peto Menahem. La obra ya obtuvo sus buenas repercusiones en el Festival Escena Contemporánea de Madrid, donde el último verano se realizaron doce representaciones.

En Papelera Palermo, Cada de Oficios. Cabrera 5227. No se suspende por lluvia. Viernes y sábados, 21.30. Domingos, a las 20.



2 mujeres

2 mujeres para voz, así con z, que da cuenta de su naturaleza de teatro musical. Interpretado por Alejandra Cash y Dalila, con dirección de Leandro Rosati, se presenta en la nueva sala 1/2 Mundo (club de arte). Dicen las protagonistas y autoras que hace ya un tiempo comenzaron, entre mate y mate y algún buey perdido, a relatar historias y a encontrarles hilos conductores que derivaron en este espectáculo.

En sala 1/2 Mundo, Hipólito Yrigoyen 2148, sábados a las 21.



La fiesta del Deseo

Todos los sábados, ahora que llega el calor, hay que cuidar la carne, según recomiendan los organizadores de las *Fiestas del Deseo (teatro y sexo).* En cada fecha proponen una temática distinta, cosa de que a nadie le agarre el achaque de la rutina matrimonial con estas fiestas. Actores, música, tragos, organizadores y participantes bailan y cachondean de acuerdo con el ritmo elegido. Ya pasaron la Noche de Bodas, Actores Porno, Superhéroes, Doctores y Enfermeras, Moulin Rouge, Pijama Party, Titanes en el Ring y unas cuantas más. La consigna de las "fiestas teatrales" es crear un espacio donde lo que se mira también se toque. Dicen los organizadores, que empezaron con esta idea hace dos años, que cada vez son más las tribus que se mezclan y el intercambio democrático entre miembros de las ídem. El sábado 11 es la fiesta de los cowboys; el 18, personajes de cumbia; el 25, personajes salidos del horno.

En el Espacio Sinsentido, desde la medianoche. Córdoba 6237 (esquina Jorge Newbery.



Eclat

Con una movida fuerte en el Malba, el martes que pasó presentó la firma Karina Rabolini su nueva fragancia femenina, llamada Eclat. El perfume, de packaging ultramoderno, se suma, así, a la nutrida línea de productos parael cuidado del cuerpo –sales, geles, cremas– comercializados por la marca K.R. El nombre de la fragancia deviene la expresión "une beauté éclatante", que llama la atención, contagia, impacta, deslumbra.



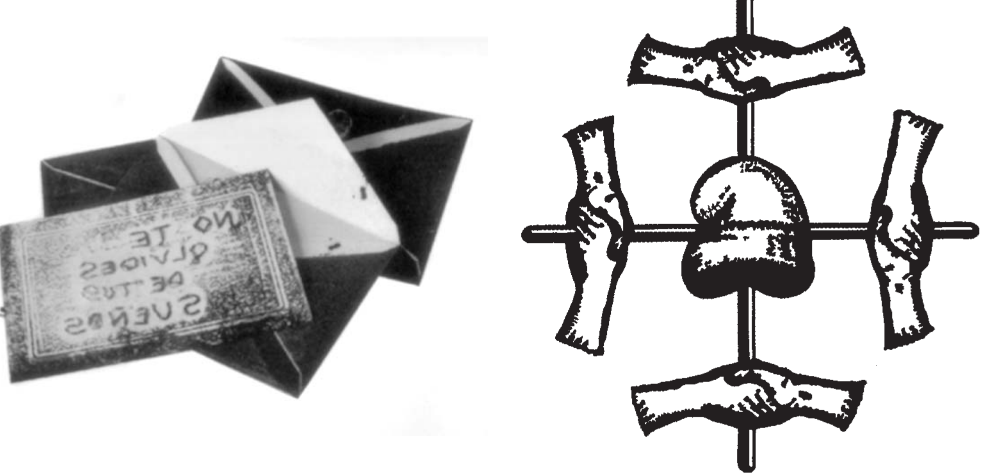
Milagros y Ginette

Milagros Resta y Ginette Reynal, juntas y por separado, inauguraron la semana pasada justo en el límite entre los Palermo Viejo y Hollywood un espacio gigantesco en el que una pequeña placita separa dos nuevos locales. El de Resta es un deco-galpón en el que abundan los muebles antiguos reciclados, blanquería, objetos, propuestas en stock y también encargos a medida. En el de Reynal está expuesta la colección diseñada por Inés Bensadon, una firma ya conocida en el mundo de la moda pero a quien se le ocurrió tomarse... ¡siete años sabáticos! Pero ya volvió, ante la insistencia de Reynal, para presentar esta línea "colorida, sexy y ecléctica".



promo

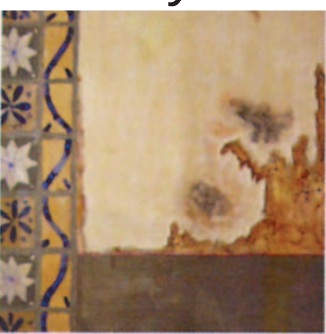
Para el Día de la Madre, Body Secret sale al ruedo con una oferta pro-relax: con la compra del kit Cellulite o tres productos de la marca, se obtiene además un vale un día de spa en los Centros de Alta Estética & SPA Body Secret. El regalo extra se solicita en las farmacias en el momento de la compra. Otra promo vigente hasta el domingo consiste en un descuento del 30 por ciento en todos los tratamientos intensivos.

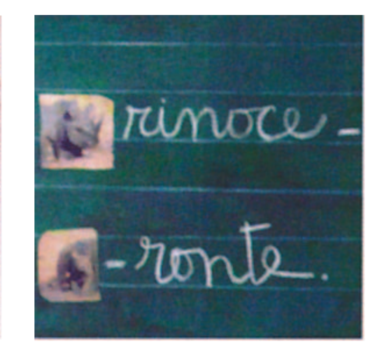


Visiones de la Shoa

Tres mujeres, tres artistas plásticas: Graciela Shifrin Lorenzano, Claudia Contreras y Marga Steinwasser. Se unieron para presentar una muestra conjunta en el Museo de la Shoa (Montevideo 919). Allí, están expuestos los trabajos de Shifrin –un homenaje a las Abuelas de Plaza de Mayo–, la obra de Contreras –quien tiene algunos trabajos como obra permanente en el Museo de la Memoria de La Plata– y el de Steinwasser, que a su turno participó en acciones como "La desaparición" o "a la desocupación", coordinadas por León Ferrari. Se extiende hasta mediados de noviembre.

Sabsay





En el Centro Cultural Recoleta, hoy, viernes 12, a las 19, tendrá lugar la apertura de la muestra de pinturas de Sofía Sabsay, que permanecerá abierta hasta el 26 de octubre.



DEM se llama el sistema corporal creado por la bailarina, docente e investigadora de técnicas corporales Marina Obelar. El sistema, dice su creadora, no es exclusivo de las áreas de la medicina ni la danza, pero las enriquece. En su conjunto, son movimientos seguros y armoniosos que requieren un conocimiento profundo de las reacciones del cuerpo frente a diversos estímulos. Encarando una próxima formación de instructores a partir de abril del año próximo, Obelar presentará su método el 27 de noviembre a las 19, en Un Gallo para Esculapio. Hará una demostración en vivo de su técnica.



Desayunos y brindis de regalos

Para el Día de la Madre, La Tirolesa anexó a su línea de regalos arreglos florales y rosas importadas envueltos a todo trapo (es un decir). Se suman a los conocidos desayunos y brindis que no sólo incluyen sus delikatessen sino también cajas pintadas a mano, sets de spa y regalos empresarios. Para los lectores de **Página/12** que confiesen su adicción a este diario, hay regalos adicionales. Más información se puede obtener llamando a los teléfonos 4825-6816 o 4827-3086.



Encuentros y desencuentros

Dieciséis en total. Dieciséis cuentos elegidos entre autores de todas las latitudes y todas las épocas para dar un pantallazo general y exhaustivo sobre las deshoras románticas. *Cuentos de encuentros y desencuentros amorosos* (Alfaguara) se llama este volumen voluminoso prologado por la mexicana experta en estas lides Angeles Mastretta. "Cada una y todas las historias aquí tramadas abren la puerta a un laberinto de emociones imprevistas, de equívocos y quimeras, de lealtades y abandonos indescifrables", dice Mastretta cuando arranca el prólogo. Y ella, que ha leído (jura que en un solo día) y releído cada uno de los dieciséis cuentos, añade que "hay en el tono de este libro una mezcla de melancolía y audacia que nos hace rendirnos a su hechizo. Muchas veces me detuve entre sus páginas a preguntarme cómo traza la vida su camino de misterios, cómo es que el indiferente azar se hace cargo de nuestro destino". De la lectura de autores tan disímiles como Julio Cortázar, Guy de Maupassant, Anton Chejov, Katherine Mansfield, Henry James, Marcelo Birmajer (¡Mírenlo entre todos éstos!) o Carlos Fuentes, Mastretta afirma que rescata "el placer al que nos inducen quienes son capaces de imaginar y regalarnos los entresijos, los abismos, la imperfección y el júbilo de las grandes pasiones". Que de eso se trata el arte del cuento: de captar el entresijo. Promete ser un libro vendedor: dieciséis de las más afiladas miradas y las más bellas plumas hablando de uno de los temas que más rating han tenido en toda la historia.



Todas las Madres

Elena Cabrejas, la autora de este libro editado por la legendaria editorial Botella al Mar, tiene como antecedente el libro *Algo habrán hecho*, en el que investigó la vida de las monjas francesas desaparecidas. La semana pasada, en La Dama de Bollini, presentó su nuevo libro, en este caso de poesía, dedicado esta vez a las madres.



FILOSOFIA

el problema sexual

Cada jueves, Laura Klein se sumerge en los textos de los filósofos modernos buscando "un tono de voz", que logre traducir un esquema de pensamiento, para abordar tensiones tan actuales como constitutivas de los supuestos existentes. Naturaleza y cultura, sexo y reproducción son algunos de esos binomios que ella revisa en un seminario en el Centro Cultural San Martín.

POR FLORENCIA GEMETRO

Ha notado usted que no existe ningún sustantivo que mencione el acto sexual? ¿Copular, fornicar? Ambos son verbos con significados diferentes. Uno, copular, remite a una actividad biológica, el otro, fornicar, a una advertencia bíblica, no meterás los cuernos, no serás adúltera/o. Estas palabras son anteriores a la época moderna. Aunque el placer comenzó a ser un problema recién en la modernidad, junto a la reproducción y a la sexualidad, tanto como la dupla naturaleza y cultura. De éstas y de otras cuestiones se ocupa Laura Klein en "Los filósofos: pensamientos y tonos de la voz", un ciclo que recorre las distintas tensiones en el pensamiento de los filósofos modernos desde un abordaje diferente, sin dogmas ni estándares intelectuales. Una lectura apasionada, desenfadada, modesta y coloquial que repasa Hobbes, Locke, Rousseau, Kant –entre otros– sin preconceptos ni supuestos, sin más certezas que las que surjan de la experiencia de un auditorio diverso.

Laura Klein dirige la atención de la concurrencia con una tranquilidad medida. Da vuelta sus textos con entusiasmo, sin perder el tono ni la calma. Su voz busca en los presupuestos de existencia, libertad, igualdad, virtud y moral de los distintos autores, un sesgo distintivo y nodal que no ha sido visto o pensado. "Una estructura de pensamiento que esté convertida en tono de voz", dice ella. Horas antes preparaba cuidadosamente la selección de lecturas en su casa de San Telmo, donde compone pensamiento y arte en los distintos grupos que coordina desde hace más de diez años. Mucho antes se había convertido en licenciada en Filosofía, poeta –con tres libros publicados–, ensayista y militante feminista.

Los asistentes a esta noche del jueves escuchan una selección de textos referidos al sexo y la metafísica, al placer como problema teológico. La reacción del auditorio varía entre la risa y la reflexión. "Se trata de trabajar problemas concretos –dice Klein– sin remitir a temas ni a definiciones muy generales o excluyentes sino a un acercamiento sobre tensiones actuales."

–¿Cuáles serían esas tensiones?

–Uno de los problemas filosóficos modernos por excelencia es el problema naturaleza/cultura. Tiene su origen en el pensamiento cristiano sobre el pecado. En la lucha espíritu-carne o alma-cuerpo aparece la matriz de lo que en la modernidad va a ser naturaleza/cultura. En este primer problema de reproducción/sexualidad naturaleza y cultura se plantea el problema de los fines y medios. El sexo sería el medio y la reproducción el fin. La diferencia sexual se naturaliza en el derecho, después en cuestiones morales, no filosóficas ni trascendentales sino en la naturaleza. Se separa naturaleza y cultura y el sexo pasa a ser naturaleza.

–¿Cómo operaría el cristianismo sobre esta idea?

–Ya conocemos la famosa represión legal cristiana. Lo que es menos fácil de ver es cómo el cristianismo, en sus textos, logra simbolizar una experiencia que la ciencia en la modernidad no permite. En la frase "la finalidad del sexo es la reproducción" se despliega un tipo de experiencia simbólica muy diferente. La operación cristiana fue lograr que si el sexo no era bueno fuera maldito. Entonces se erotiza lo maldito. Pero es diferente a lo que sucede en la modernidad, con la idea de las mujeres como débiles, donde el deseo sexual sería masculino y la mujer sólo tendría el deseo de la maternidad. Esta no es la figura que todos conocemos de Lilith. ¿Cómo se juntan estas dos cuestiones en el pasaje de Lilith a la madre legítima? Es el pasaje de la pecadora a la enferma. La que no tiene hijos está enferma. Sin embargo, pensar el placer como un problema teológico significa que el placer está en un plano metafísico, vinculado a una experiencia que, llámese sagrada, trascendente, todavía permanece en el habla popular –verle la cara a dios–, en un plano simbólico, en el lenguaje.

–¿De qué forma se expresaría esa experiencia hoy?

–Hoy es una experiencia difícil de encontrar. No aparece en los discursos cristianos, pero tampoco en los progresistas, que dicen que el sexo no sobrepasa ninguna dimensión, que el sexo es bueno. Antes la finalidad era la reproducción, eras una pecadora. Ahora la finalidad es el placer, que se convierte en un ideal, en una obligación que oprime la experiencia. La crítica que te tenía que liberar te oprime. Los teólogos, en cambio, producen un campo de la experiencia que no existía antes. Relatan, dan lugar, asisten. En sus textos hay un tipo de experiencia que se prohíbe o se intenta atrapar en coordenadas porque existe. El sólo leerlos permite una novedad en la relectura de los supuestos modernos. Este tipo de experiencia se puede encontrar hoy en el arte o en la literatura donde se vive una alta conciencia de lo simbólico. Las obras de arte hacen lo que los textos cristianos: construyen una realidad que permite otra experiencia. Una de las formas eróticas por excelencia es escribir. La palabra te hace cosas, te vivifica.

buscando pistas en el norte

POR MERCEDES LOPEZ SAN MIGUEL


ANA D'ANGELO

Patricia Verdugo es una periodista chilena que investigó, en Washington, en los archivos abiertos de la CIA, hasta qué punto estuvo esa central de inteligencia vinculada con el golpe de septiembre de 1973 en su país. Quiso el destino que el 11 de septiembre de 2001 ella se encontrara trabajando en su libro a unas cuadras de las Torres Gemelas.

El 11 de septiembre de 2001 los caminos del destino llevaron a Nueva York a la escritora y periodista chilena Patricia Verdugo. Una fecha con peso dramático para Chile. "Los chilenos nos acostamos sabiendo que al otro día viene el aniversario del golpe", dice la periodista y recuerda que "cuando ese día me despiertan y segundos antes que viera las imágenes en la pantalla pensé: golpe de Estado de nuevo en Chile. Porque además era un día martes 11 de septiembre". Continúa describiendo ese momento: "No era Chile, era ahí, a 30 cuadras desde donde yo estaba durmiendo. Fui a la calle a compartir esa historia con los neoyorquinos. Hacia las últimas horas de estar en Nueva York empecé a preguntarles a los norteamericanos si ellos sabían de mi martes 11, que su gobierno había sido el elemento clave para que en mi país se produjera una tragedia".

Verdugo cuenta que "los más viejos no tenían ni idea que con sus impuestos se habían pagado las operaciones de la CIA para hacer que Chile se desestabilizara, llegara el golpe militar y tuviera las consecuencias dolorosas y sangrientas que tuvo". Esa elipsis en la memoria, explica Verdugo, fue la disparadora de su libro: ***Salvador Allende. Cómo la Casa Blanca provocó su muerte*** (Editorial El Ateneo). Para ese mismo momento estaba en proceso la desclasificación de los documentos de la agencia de inteligencia norteamericana, que había comenzado en el año 1999 cuando el presidente Bill Clinton dijera que los chilenos debían saber qué les había pasado. Son más de 17 mil documentos que permitieron hacer el mapa de ruta del escrito de Verdugo, dejando las pruebas de cómo la Casa Blanca durante la gestión de Richard Nixon y su ladero Henry Kissinger, junto a la CIA, digitaron el golpe a través de más de 50 operaciones encubiertas. "Ambos decidieron que el proyecto de socialismo democrático era peligroso, porque podía contagiarse a América latina y tener eco en Italia y Francia. Por eso quisieron abortarlo", enfatiza esta mujer de habla pausada.

–¿Estuvo presente en tu libro la reparación de su propia historia personal?

–Primeramente, viví la historia de mi país. Como periodista, activista política y también por el asesinato de mi padre, que fue en julio del 76. Esto me permitió potenciar la comunicación: no hice ningún esfuerzo en ponerme en los zapatos de las víctimas.

–Hay un reclamo de los familiares de las víctimas a la reconciliación nacional que propone el actual presidente Ricardo Lagos. ¿Qué opina?

–Lagos está proponiendo una nueva ley de reparación. La clave en el tema de los derechos humanos es que es necesario justicia, verdad y reparación. Y eso empieza a discutirse en el Congreso, ahora. El problema es que llevamos 13 años de transición y hemos avanzado poco, porque durante los ocho primeros años tuvimos al mismo general, Augusto Pinochet, como jefe de las fuerzas armadas, con la ametralladora encima de la mesa de negociación. Sólo su arresto en Londres (octubre de 1998) lo obliga a salir del escenario político que para obtener su impunidad debe declararse demente y silenciarse. El gobierno del socialista Lagos –un socialismo diferente al de Salvador Allende, ya no hay Guerra Fría, estamos en otro escenario, de economía de mercado– ha mostrado gestos de comunicación.

–¿Cuáles?

–Son cuatro guiños políticos que nos ayudan a eliminar el terror: primero, permitir que la ciudadanía pueda transitar libremente por el medio del palacio presidencial (La Moneda) como era antes; el segundo fue instalar una estatua del presidente Allende frente al Palacio de la Moneda; el tercero, nombrar a una socialista mujer, torturada, hija de un general asesinado por la dictadura como ministra de Defensa (Michelle Bachelet): para que las patriarcales fuerzas armadas la obedezcan. El último gesto lo acaba de tener en septiembre cuando Lagos abrió la puerta en el ala oriental de presidencia, por la que el presidente entraba y salía. Pinochet, cuando reconstruyó el palacio (después de bombardearlo), cerró esa puerta. Durante muchos años nosotros recordamos a Allende y protestamos contra la dictadura poniendo ofrendas florales en esa pared, símbolo de lo que habíamos perdido. Lagos instaló de nuevo una puerta.

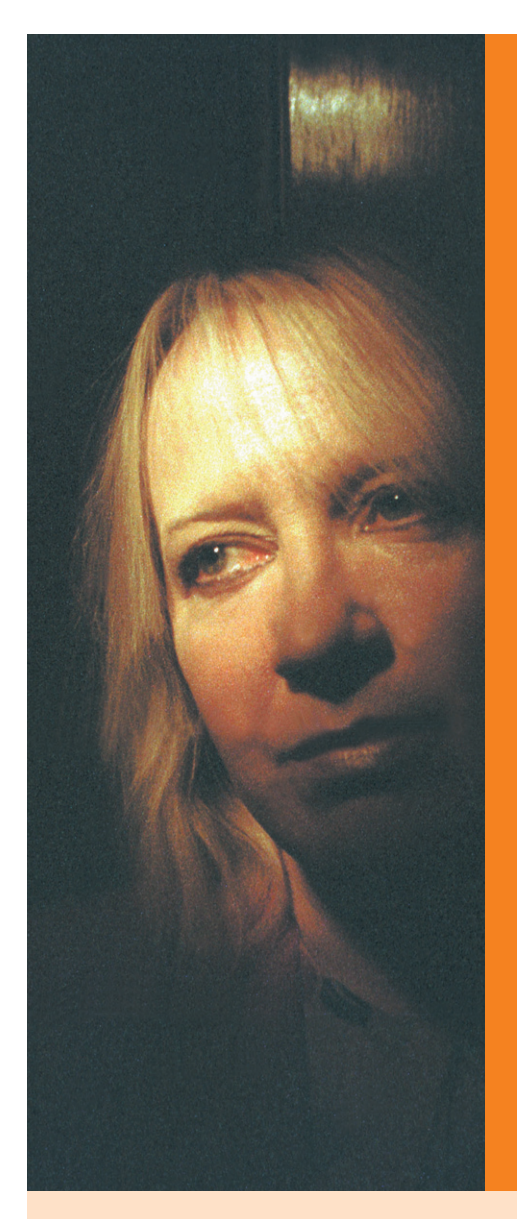
–¿Qué pasa con la Constitución, herencia del pinochetismo?

–La Constitución de Pinochet estableció altísimo quórum para hacer los cambios constitucionales, que no lo consiguen la concertación por sí misma con sus votos y hay que lograr que la derecha acepte esos cambios —durante 13 años no lo ha hecho–. Habría que eliminar a los senadores designados, para que sean elegidos por el pueblo. Pero no conseguimos que la derecha acuerde.

–¿Cómo se vivió este 11 de septiembre los 30 años del golpe?

–Ocurrió un fenómeno diferente. Es que Pinochet está fuera del escenario. El hizo su aparición en su casa, pero no podía hablar. Salvador Allende todos estos años había sido una suerte de afiche inmóvil y silencioso y después del 2000 un monumento frente a La Moneda. Pero para este año, los canales de televisión pusieron a Allende en tres dimensiones, con voz y con discurso. Así era él, así hablaba y se veía. Fue el hombre que buscó la unidad de la izquierda.





ENTREVISTA

son amorcitos

Elsa Bornemann descubrió hace ya unos cuantos años una clave que le dio a su producción literaria bastantes satisfacciones: que los chicos también se enamoran. A su célebre *El libro de los chicos enamorados* se le sumó este año *Amorcitos sub-14*. Aquí reflexiona sobre la intensidad del amor infantil.

POR SANDRA CHAHER

A cualquier treintañero estas rimas no le serán ajenas: "Si fuera un gato/ cascabelero/ te maullaría/ cuánto te quiero", o "En este cofrecito/ tengo guardado/ el único besito/ que tú me has dado./ Voló por tu ventana/ hacia la siesta./ Hoy cumple una semana;/ le haré una fiesta./"

A fines de los '70, *El libro de los chicos enamorados*, de Elsa Bornemann, empezó a circular entre padres inquietos que buscaban lecturas estimulantes para sus críos. En 1992 salió la secuela, *Corazonadas*, y recientemente acaba de ser publicado el tercero: *Amorcitos sub-14*. Dos generaciones están unidas por la lectura de la misma autora, que no cambia los sentimientos sobre los que escribe –amor, desamor, rechazo, abandono, tristeza, felicidad–, y año a año padres e hijos van juntos a pedirle que autografíe ejemplares ajados de tanto llorar y reír sobre ellos.

Cuando Bornemann empezó a publicar poemas para chicos, en 1970, prácticamente no existía ese tipo de literatura en el mercado. Con el tiempo se convirtió en una autora masiva y celebrada por sus lectores y, recién después, considerada por sus colegas. "Es que cuando yo decía que quería escribir para los chicos, en la Facultad de Filosofía y Letras, mis compañeros se burlaban. Nadie se dedicaba a eso entonces. No los voy a nombrar, pero después a algunos los encontré en editoriales dirigiendo colecciones infantiles o para adolescentes."

Bornemann tiene 51 años, una piel tersa y blanca como de muñeca de porcelana y el pelo rubio muy amarillo, con un flequillito casi aniñado. "Yo creo que voy cargando por la vida con una parte muy importante de mi propia infancia. Sucede algo y me alegro como una criatura. Tengo un comportamiento infantil, y lo reconozco." En el departamento que comparte con su esposo japonés abundan los libros, hasta en el recibidor, y presidiendo la mesa del comedor se ve un dibujo de la cabeza de una mujer –ella– rebosante de gatos, pájaros, niños... Es un regalo que le hizo Guido Bruveris, el ilustrador de aquel primer *El libro de los chicos enamorados*, que Ediciones Librería Fausto publicó en 1977. Y es probable que su mente sea eso: un caldero donde bullen miles de imágenes, alimentadas por las cartas y mails que recibe de sus lectorcitos. "Me cuentan cosas que me piden que no se las diga a nadie. En general, son problemas, las cosas felices no son un motivo para escribirme –dice sonriendo–. Ultimamente me hablan mucho de los divorcios de sus padres. Ellos lo viven con mucha tristeza. Me cuentan que extrañan al papá, porque pasa que muchos les dan dinero a las madres pero se olvidan de seguir de cerca la vida de sus chicos. El año que viene voy a sacar un libro de relatos y poemas, *Padre hay uno solo*, en el que hablo de estos papás y también de los trabajo-adictos, y de otros también."

Elsa está de luto. Este verano, sin aviso, el destino le robó a un sobrino de 32 años. Cayó fulminado en un supermercado de un paro cardíaco, mientras hacía las compras con su esposa y su hija de tres años. Todavía no se recupera. Es el hijo de una de sus dos hermanas, y desde entonces sólo pudo escribir sobre ellos. "Tuve la suerte de que ya tenía tres libros listos, porque no puedo hacer otra cosa que pensar en ellos. Y con lo que me gustan los chicos, este año me costó muchísimo hacer la presentación de *Amorcitos sub-14*. Pero cuando estás así, mal, mal, escribir para chicos ayuda a vivir. Apartás la cabeza de tus problemas. Y yo trato de pensar que a ellos les va a tocar un mundo mejor."

–¿Es más fácil escribir para chicos que para adultos?

–A mí me parece más complejo. Porque hasta que no leen el libro, yo no tengo ninguna intuición sobre lo que puede pasar. Porque hay tantos cambios... Yo confío en la opinión de los editores, si ellos lo sacan, sabrán.

Elsa también escribe para adultos, "pero eso será mi herencia", aclara. "Una cosa es escribir para los chicos, para un mundo esperanzado, y otra para los adultos. Si un chico de 14 años leyera lo que escribo para los grandes probablemente se entristecería. A mí pensar en los chicos me produce una profunda alegría, pero con el mundo adulto soy escéptica, con el Estado, con la familia, con todo. El hombre siempre se mueve por agresividad más que por amor o desinterés."

–¿Escribir poemas de amor para los chi-

FOTOS: PABLO PIOVANO

cos de hoy es lo mismo que para los de los años ‘70?

–No, los chicos no viven los amores igual que antes. Hoy hay más libertad y comprensión de los adultos. Los padres son más permisivos con los “amorcitos”. Por eso también yo hoy no tengo los problemas de censura que tuve hace treinta años. A *El libro de los chicos enamorados* lo criticaron mucho, pero a *Un elefante ocupa mucho espacio* la dictadura directamente lo prohibió.

–¿De dónde se nutre para escribir para chicos: de los que hay en su familia, de los que la leen?

–Principalmente del contacto que tengo cuando doy charlas en escuelas y cuando los veo en la Feria del Libro o en las presentaciones. En mi familia hay chicos: nietos de mi marido, que son como mis nietos –yo no pude tener hijos, perdí tres embarazos, pero como mi marido era viudo crié a sus hijos como si fueran míos–, y sobrinos nietos, pero no me inspiro en ellos porque tienen similitudes conmigo, son mi familia. Las historias que me escriben en los mails son una gran fuente de inspiración. Y los chicos en eso son increíbles, porque si un adulto te escribe y no le contestás, a los cinco días te está reclamando. En cambio un chico no te reclama y cuando finalmente le respondés –yo a veces me atraso mucho en eso, se me acumula trabajo y tardo– y le explicás lo que te pasó, por qué no contestaste antes, él enseguida te responde y comprende, no te reta.

–Usted manifestó alguna vez el deseo de que sus libros fueran para los chicos peldaños hacia la literatura adulta, como le pasó a usted. ¿Con el transcurso de los años pudo comprobar si pasa eso?

–Creo que algunos chicos siguen leyendo y otros no. En mi caso, la lectura en la infancia fue fundamental. En mi casa podían faltar muchas cosas pero libros no. Mi mamá, que tiene 80 años, todavía hoy sigue leyendo como una loca, de todo. Yo tengo dos hermanas mayores y de chica pasaba bastante tiempo sola en mi casa con ellas, y ellas no me controlaban. Entonces yo iba a la biblioteca y leía. Y un día descubrí unos libros forrados de blanco, en la segunda hilera de uno de los estantes más altos. Eran los de sexología. Me los leí todos y aprendí un montón. Cuando años después se lo conté a mi mamá, se rió mucho. Y yo le dije: “Me llamaron la atención porque los forraste de blanco, si no quizá ni los hubiese mirado”. Por eso pienso que lo peor es la prohibición. Justamente lo que pasó conmigo es que después de que prohibieran *Un elefante...*, si antes me habían leído 50 personas, lo hicieron 100 más.

–Los poemas de amor que usted escribe para los chicos tienen una enorme carga emocional. ¿Cree que ellos viven con tanta intensidad los sentimientos?

–Los chicos sufren muchísimo por amor, así como también se alegran intensamente. Cuando yo era chica mi mamá me llevaba los miércoles al cine, el día de las damas, y yo me moría cuando veía a Gregory Peck –por eso le dediqué *El libro de los chicos enamorados*–, estaba completamente enamorada. Creo incluso que quizá sufren más que los adultos porque para ellos el hoy es hoy, no pueden relativizar lo que viven pensando que mañana será diferente.

–¿Cuál fue su primer amorcito?

–Un amiguito del barrio, de Parque Patricios. Yo nací en la Maternidad Sardá, mirá vos, nada menos que donde nació Sandro. Y era bastante solicitada, te digo. Porque era varonera, como se decía antes. Yo estrené los jeans en mi barrio, en una época en que todavía había mucho prejuicio con respecto a las nenas. Y a los 11 nos enamoramos con este chico y duró hasta los 16. Pero ni un beso, nada. Para mí fue un amor feliz. Pero él quedó triste porque yo lo dejé. Lo que pasa es que empecé a trabajar desde muy chica y conocí a muchachos mayores y él ya no me interesó.

–¿Y su pena de amor?

–*(Piensa)...* Gregory Peck. Me hubiera encantado...

No dice qué le hubiera encantado, pero es fácil imaginarlo. Y también es fácil imaginar que en un mundo en el que cabe el deseo no perdido de “conocer algún día a un extraterrestre”, el actor norteamericano puede haber ocupado un lugar casi real en la vida de esta soñadora pisciana de pura cepa (sol y ascendente en el mismo signo). Peck puede haber sido el protagonista de un hecho mágico, como son muchas veces los dichos y hechos en el mundo de los chicos. ✻

TALK SHOW POR **MOIRA SOTO**

LA FIDELIDAD, JA, JA, JA

La fidelidad es meramente la ausencia de infidelidad o supone una activa resistencia contra la tentación? ¿La infidelidad presume siempre traición, perjurio, perfidia, alevosidad? Desde luego, no estamos hablando de fidelidad a principios, religiones, costumbres o proveedores, sino de la que –según rezan las fórmulas litúrgicas– se deben los esposos, o se prometen los amantes o los novios. Aunque no está de más recordar que se denomina fiel al/la que observa determinada fe; e infiel al/la que no profesa la fe (católica, que como sabemos, se autodenomina "la única verdadera"). Se dice que los varones son más celosos de la infidelidad sexual (que amenaza la continuidad de sus genes), en tanto que a las mujeres lo que realmente las mata es la infidelidad emocional... Pero a esta altura ya se sabe con cierta certeza que la monogamia no es tan natural como se quiso creer, y que los valores de la estabilidad no están inscriptos en los genes. Como anotaba Robert Wright hace pocos años en la revista *Time*, "la buena noticia es que el ser humano está diseñado para enamorarse, la mala es que no está diseñado para mantenerse enamorado..."

Sin embargo, la infidelidad (sexual) sigue viéndose como una transgresión moralmente condenable: no por nada se usa como sinónimo el verbo engañar, y la palabra adulterio tiene mucho que ver con falsificar, falsear, viciar... Todavía, pese a la descompresión de las costumbres, las palabras infidelidad, infiel, traición, clandestino/a, etc., en el título de una pieza de ficción resultan magnéticas. De hecho, el último suceso del clipero Adrian Lyne (un tipo que ya había explotado el adulterio exitosamente en *Atracción fatal* y *Propuesta indecente*) se llamó *Infidelidad*: los cuernos los aplicaba la magnífica Diane Lane al cabezón Richard Gere, entregándose con frenético ardor a Olivier Martinez. Si echamos un somero vistazo a la programación del cable, advertiremos que hay un amplio menú de traiciones amorosas en lo que queda de octubre: *Crímenes y pecados* (adúltero hace matar a su amante; MGM el 18 a las 12); *La diabla* (ama de casa se venga de su marido que la engaña con escritora, The Film Zone, el 25 a las 20.10); *Pan y tulipanes* (otra ama de casa, ésta infiel en sus vacaciones, Space, el 22 a las 22); *Cama para tres* (de nuevo ama de casa, en esta oportunidad ligando con una seductora camionera, Cinemax, al 15 a las 2.15); *Los puentes de Madison* (cuarta ama de casa, que se sustrae a sus deberes y sucumbe ante el fotógrafo Clint Eastwood, TNT, el 14 a las 22); *El ocaso de un amor* (clásico adulterio inspirado en Graham Greene, HBO Plus, el 19 a las 22) y entre otras muestras de traición a compromisos contraídos, dos que, por decirlo evangélicamente, cometen adulterio en su corazón: la soñadora de *La rosa púrpura de El Cairo* (I-Sat, ya se proyectó pero vuelve cada tanto) y el protagonista de *La edad de la inocencia* (TNT, el 26 a las 16.3 y el 27 a las 14.30). No podía faltar otra señora insatisfecha, discípula de Madame Bovary, que se lanza a la aventura con un desconocido y paga con sangre: Angie Dickinson en *Vestida para matar* (I-Sat, el 15 a las 11.25), amén del clásico literario descafeinadamente adaptado *Anna Karenina* (Cosmopolitan, el 12 a las 17 y el 23 a las 21).

Entretanto, acaban de ofrecerse en Buenos Aires muy buenas versiones de dos óperas que discurren sobre la infidelidad y la lealtad, mientras sigue en cartel el film *El fondo del mar*, que trata sobre una traición imaginaria. En *Las bodas de Fígaro*, representada en el Margarita Xirgu, casi todo el mundo está al borde de la infidelidad, de seducir o dejarse seducir, cuando no (el propio Fígaro) a un pasito del incesto. Mientras que en *Fidelio*, de Beethoven –vista en el Colón– ya desde el título se deschava su contenido pro lealtad matrimonial. Fidelio es Leonora, la intrépida esposa que se traviste para rescatar a su marido, preso político. Y a fe que logra sus fines, aunque por el camino, con su traje de muchacho, enamora sin querer a la hija del carcelero, que no se percata de la voz de soprano de Fidelio-Leonora, quien también confunde por un rato con el disfraz a su propio esposo. Equívocos del travestismo que también ocurren en *Las bodas...*: el adolescente Cherubino –habitualmente interpretado por una mezzo, en esta versión por un contratenor– es disfrazado de mujer por la condesa y su criada para hacerle pisar el palito al conde falluto... Un engaño por otro.



ILUSTRACIÓN: CECILIA MOREIRO

la media

ARQUETIPAS: POR SANDRA RUSSO

–¿Vos usás medias de nylon?
–¿Yo?
–Sí.
–¿Qué?
–¿Vos usás medias de nylon?
–Eehhh...
–¿Tan difícil es la pregunta?
–No. Lo que pasa es que uso medias de microfibra, me parece. ¿Es lo mismo que el nylon?
–No sé, bueno, digo: medias can can.
–Ah, no, yo uso siliconadas.
–¿De esas que son como para usar con portaligas pero sin portaligas?
–Sí.
–¿Y no se te caen?
–No, si son siliconadas.
–¿Las usás para salir o para ir a trabajar?
–No, todo el tiempo, para salir y para ir a trabajar.
–¿Y con pantalones qué usás?
–Esas, las mismas.
–¿Siliconadas con pantalones?
–¡Obvio! No hay nada más horrible que medias tres cuarto de microfibra. ¿Vos te miraste al espejo alguna vez con medias tres cuarto de microfibra?
–Yo no uso medias de microfibra.
–¿Qué usás? ¿De lycra?
–No. Tres cuartos.
–¿De microfibra?
–No. De lana.
–¿Tres cuartos de lana? ¿Solamente tres cuartos de lana? ¿Y cuando te ponés zapatos con taco?
–Ese es el problema. Por eso te llamo.
–...
–Me compré zapatos con taco.
–No te los pensarás poner con medias tres cuartos de lana...
–No. Por eso.
–¿Por eso qué?
–¿Con qué medias me los pongo?
–¿No tenés nada más que medias tres cuartos de lana?
–¡Si siempre ando con botas o con borceguíes o con zapatillas! ¡Hace cinco años que no me compro zapatos con taco!
–Qué setentista.